

veces, del Soberano de los cielos en las cosas de la tierra, y dar crédito á los castigos temporales de los pueblos, bajo la Ley antigua, referidos por los Libros Santos, consignados por las más excelentes tradiciones del Oriente, y cuya memoria conserva la misma antigüedad profana.

Ni en los tiempos de los Patriarcas, ni después de la salida de Egipto, bajo los Jueces, los Reyes, jamas en la herencia de Jacob se vió una señal más evidente que aquella por la cual se manifestó en aquel día la cólera de Dios en el seno del Atlántico.

Y sin embargo Colon, el hombre en cuyo favor pareció cumplirse la divina sentencia, semejante entónces al profeta que avisa á los hombres para darles tiempo para arrepentirse, no hizo nunca alusion á su aviso despreciado. Quizas ignoró por de pronto, prosiguiendo su derrotero, el prodigio que se había obrado, y en el cual él había desempeñado un papel tan conforme con su carácter de mensajero de la Salvacion; pero cuando al cabo de dos años supo aquella catástrofe con todos sus pormenores, dióla su verdadero nombre: el de MILAGRO; é hizo observar al rey que desde mucho tiempo (siglos quizas) no habia Dios Nuestro Señor asombrado al mundo con un MILAGRO tan evidente (1).

La catástrofe que abrió de una manera tan terrible la cuarta campaña de exploracion del Almirante llenó de estupor á los contemporáneos, á causa de la enormidad del desastre; pero en su fondo, á pesar de lo milagroso que es dicho suceso, no tiene para nosotros nada de más extraordinario que ciertas circunstancias de los anteriores viajes de Colon.

La prediccion de esa tempestad no nos parece más asombrosa que el anuncio de la tierra hecho para día fijo y hora casi determinada al anoecer del 11 de octubre de 1492, cuando se hallaban aún á veintiuna leguas de distancia de toda costa, y cuando el ojo más ejercitado no podía alcanzar ninguna señal nueva en la inmensidad del mar. Ni debe parecer más extraño aquel hecho que la seguridad dada á las tripulaciones exasperadas por el horror del hambre que querian deshacerse de los indios (2), de que dentro de tres días verian el cabo de San Vicente, á donde llegaron efectivamente. Ni esta prevision es más digna de asombro que el descubrimiento de la isla de la Trinidad, apareciéndose á Colon con la misma señal del nombre que él le destinaba ántes de dejar á España.

Durante el curso de la navegacion cuya historia vamos á resumir brevemente, está lo extraordinario tan cerca de lo prodigioso, y lo prodigioso se une tan

(1) «Grande tiempo ha que Dios Nuestro Señor no mostró milagro tan público.» — *Carta del Almirante D. Cristóbal Colon pidiendo al Rey Católico, nombre á su hijo D. Diego para sucederle, etc* — Suplemento primero á la Coleccion diplomática, núm. CVI.

(2) Véase página 394.

constantemente á Cristóbal Colon, que uno se familiariza con ello hasta por fuerza.

No se interrumpen á beneficio de Colon las leyes del orden general. No puede evitar ni los peligros, ni los padecimientos; pero á pesar de esto la manera con que vence los mayores peligros, la confianza que muestra en presencia de los riesgos más alarmantes, no puede explicarse sin la fe en el auxilio invisible, la asistencia de una fuerza sobrenatural. Lo decimos desde ahora con toda la sinceridad de la más íntima conviccion: El que no crea en lo sobrenatural, no puede comprender á Colon.

§ V.

El Almirante pasó algunos días en Azua para que sus tripulaciones descansaran de sus fatigas y se hicieran algunas reparaciones en las tres carabelas que habian estado separadas. Los marinos se contaron reciprocamente los peligros que habian corrido y las maniobras que habian ejecutado. No tenian ninguna noticia acerca de la suerte de la escuadra que partió á pesar del aviso del Almirante. De allí pasó la escuadrilla á tocar en el puerto de Yaquimo y esperar el buen tiempo.

El 14 de julio el mar se presentó favorable, y el Almirante tomó el derrotero del Sud. El viento, empero, aflojó, y las corrientes le llevaron á la parte superior de Jamáica, entre los cayos Moraut, pequeñas islas arenosas, donde se procuró agua dulce mandando abrir hoyos en la arena. Continuó la calma, y la fuerza de las corrientes le arrastró al grupo de los innumerables islotes que rodean la costa Sudoeste de Cuba, que descubrió en su segundo viaje y á los que habia dado el nombre de los *Jardines de la Reina*. Declarósele allí un buen viento Norte, y gobernó resueltamente al Mediodía hacia la parte de la Tierra firme donde juzgaba que debia estar el Estrecho.

Seguia el derrotero del Sud cuarta al Sudoeste (1). Su navegacion vióse luégo contrariada por un extraño estado de la temperatura. El cielo estaba nublado, el sol se mantenía cubierto, y las estrellas no se dejaban ver. Á pesar de la fuerza y variacion de los vientos conocia que el mar oponia á su marcha una fuerza constante, aunque irregular en su violencia. Frecuentes aguaceros inundaban las carabelas. Vivos relámpagos parecían á menudo inflamar el horizonte, y se necesitaba toda la vigilancia y energia de voluntad del Almirante para no desviarse de su rumbo. Sin embargo la creciente violencia de la tempestad les obligaba á veces

(1) Fué la via del Sur cuarta al Suroeste.—Diario del notario real Diego de Porras.
TOMO I.

á huir á palo seco, ó ponerse á la capa; y entonces perdían en una sola noche el poco camino tan fatigosamente andado durante varios días. La fatiga, las vigili-
as, aquella humedad acompañada de repentino frío ó de pesado calor, desmayaban á todos.

La viva fe de Colon era lo único que vencía las contrariedades de las influencias exteriores. Con su imaginación enteramente ocupada en los Santos Lugares, fijos continuamente los ojos en su objeto, no se detenía un sólo momento en contar los obstáculos. Sus sesenta y siete años comenzaban á serle pesados sin que él hubiese notado siquiera su vejez; porque la sutileza de sus sentidos no había perdido nada de su finura. Á despecho de los ataques reumáticos, su cuerpo recto todavía y firme, armonizaba con la majestad de su fisonomía, en la que parecía naturalmente impresa la nobleza de su pensamiento. Á medida que adelantaba en edad, adelantaba también en perfección cristiana. La dulzura de su mirada, siempre amorosa, expresaba algo evangélico. Sus fatigas de mar, sus tribulaciones tan largas, la febril actividad de su ánimo, las injusticias sufridas, no habían impreso profundas huellas en sus facciones. Sus cabellos de un blanco lustroso, rodeaban su frente con aquella corona de honor de que nos habla la Sagrada Escritura. Con lo holgado de su hábito de franciscano y la dignidad de su actitud, recordaba toda su persona una de aquellas figuras de patriarca ó profeta de las que nos formamos idea con lo que nos dicen los Santos Libros. Hubiérase dicho que era un rey pastor trasladado de los campos de la Idumea ó de la Mesopotamia á la vasta superficie del Atlántico.

Armonizándose la costumbre de sus pensamientos con las facciones de su rostro, le daban algo de noble y al mismo tiempo piadoso que se leía en su boca y en su frente. Dejábase conocer lo mismo la santidad que la grandeza en el rostro de aquel Almirante, cuya boca no ofendió nunca á nadie, ni profirió ninguna expresión inmodesta, y que para afirmar, certificar ó amenazar según las circunstancias, no empleaba otro juramento ó voto que este (1): «¡Por San Fernando!» Á pesar de su fogosidad, jamás el Almirante «enviaba enhoramala» á ningún marinero, ni renegó de las jarcias, ni de las maniobras, ni de las contrariedades del buque ó de la atmósfera, como se acostumbra hacer perpétuamente por hábito entre todos los marinos.

Convencido siempre de la santidad de su objeto, de la importancia del deber, del mérito de la obediencia, advertía su falta á los desobedientes; amenazaba con el abandono de Dios al que se obstinara en obrar mal, al que por negligencia cometiera alguna falta en su deber. Siendo siempre Dios el único objeto de sus

(1) «Io giuro che mai non lo senti giurare altro giuramento, che per San Fernando.» — Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. IV.

movimientos como lo era de sus ideas, cuando mandaba Colon alguna maniobra nueva ó exigía alguna fatiga, decía á su gente: «Debemos á Dios (1)» obrar de tal manera, y se esforzaba por inculcar en sus ánimos la idea del deber del que no se cuidaban mucho la mayor parte. Dando fielmente el ejemplo del deber, que encargaba á sus inferiores de todos los grados, cuanto más malo era el tiempo, más se le veía en medio de la tripulación; animando á sus marinos, sosteniéndoles con la mirada ó la voz, les alentaba del mejor modo posible. Si no podía librarles de las intemperies de aquellos mares desconocidos, á lo ménos les compartía valientemente con ellos. Los dolores de gota, que se añadían en Colon á las demás tribulaciones, no podían doblegar la cristiana constancia que le sostenía.

Para colmo de desdicha, al salir del puerto Yaquimo, cayó gravemente enfermo, y «llegó varias veces al umbral de la muerte.» Sobreviviendo el sentimiento de su responsabilidad y del objeto de su expedición al aniquilamiento de sus fuerzas, mandó construir un camarote reducido en el castillo de popa, y desde su lecho de dolor mandaba el derrotero (2), prosiguiendo su lucha desproporcionada contra las fuerzas de un cielo siempre cubierto y de un mar desconocido. «Desanimadas sus tripulaciones solicitaban ir á Jamáica ó á la Española, y otro que no hubiera sido él lo hubiera hecho, sin esperar siquiera que se lo rogaran. Pero nadie mejor que él sabía mantenerse firme contra los obstáculos: se sostuvo con tesón, reanimó á sus marineros, y esperó el viento favorable que llegó finalmente (3).»

Al cabo de pocas horas descubrieron entonces al Mediodía una isla rodeada de varios islotes: era Guanaja, situada delante del golfo de Honduras; el Almirante mandó reconocerla. El Adelantado mandó en seguida equipar dos lanchas, y desembarcó con un fuerte destacamento. Observó gran cantidad de pinos parecidos á los de las Antillas y algunos vestigios de civilización; porque se notaron varios hoyos destinados á la fundición de cobre. Algunas partículas de ese metal parecieron fragmentos de oro á los marineros quienes los hurtaban á escondidas.

Ínterin vieron llegar una especie de galera veneciana, de ocho piés de ancho pero muy larga, fabricada de una sola pieza. La cámara de forma de góndola, cubierta de hojas de palmera artísticamente tejidas é impenetrables por la lluvia, estaba llena de mercancías: piezas de algodón, mantas, camisolines, hachas de cobre, espadas mejicanas, vasos de tierra y almendras de cacao. El Adelantado

(1) Herrera, *Historia general de las conquistas y viajes de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. VI, cap. xv.

(2) «Yo había adolescido y llegado farta veces á la muerte. De una camarilla, que yo mandé hacer sobre cubierta, mandaba la via.» — *Cuarto y último viaje de Colon*.

(3) El Padre Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, tomo I, lib. IV, pág. 237.

encerró aquel esquife entre las dos lanchas, se apoderó de él sin la menor resistencia, y condujo á la *Capitanu* á los que lo montaban (1). Había entre ellos algunas mujeres cubiertas con una manta de algodón con la que se envolvían púdicamente, y veinticinco hombres que llevaban un ancho ceñidor en la cintura, quienes no demostraron ningun espanto al verse en poder de aquellos extranjeros. Colon les tranquilizó con sus demostraciones de bondad, pero intentó inútilmente el empleo de sus intérpretes, y les interrogó él mismo, por si podía lograr de ellos algunas noticias. Sólo comprendió que volvían del Yucatan, país rico y cultivado. Hizo tomar como muestra diversos objetos de su comercio, en cuyo pago les distribuyó algunas baratijas de que se enamoraron y les devolvió su bote; pero se quedó en calidad de intérprete á un anciano llamado Giumbé, que le pareció inteligente y práctico en la navegacion costanera.

(1) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. LXXXIX.

CAPÍTULO II.

EL ALMIRANTE DESCUBRE LA TIERRA FIRME CERCA DEL CABO CAXINAS, LLEGA AL RÍO DE LA POSESION, SIGUE LA ORILLA Y ALCANZA LA COSTA DE LA OREJA.—CONTRARIEDADES ATMOSFÉRICAS, PADECIMIENTOS DE LAS TRIPULACIONES, AVERÍAS DE LAS CARABELAS.—SINIESTRO EN EL RÍO DEL DESASTRE.—LA ISLA QUIRIBÍ.—DETALLES CURIOSOS ACERCA DE LOS RIBEREÑOS.—LA BAHÍA DEL ALMIRANTE.—LOS ESPAÑOLES SON ATACADOS EN LA LAGUNA DE CHIRIQUI.—COLON BUSCA EL ESTRECHO EN CHAGRES.—EL ISTMO DE PANAMÁ.—EL CABO NOMBRE DE DIOS.—EL PUERTO DE LAS PROVISIONES.—EL PUERTO LLAMADO EL RETRETE.

§ I.

Desde la isla de Guanaja, dirigióse el Almirante al Sud, en busca de la Tierra firme. Descubrióla cerca de un cabo cubierto de árboles que producían una especie de manzanas de hueso esponjoso, que los indigenas llamaban *caxinas*, cuyo nombre siguió dándoles. Así que lo hubo doblado, renovóse la tempestad. Frecuentes aguaceros y súbitas rachas de viento fatigaron de nuevo la escuadrilla. Sin embargo, el domingo 14 de agosto, vispera de la Asuncion, detenido siempre el Almirante en su lecho, mandó que bajasen el Adelantado, el estado mayor y las tripulaciones, para asistir al Santo Sacrificio que celebró el padre Alejandro; pero no pudieron proceder á la toma de posesion, sino que fué preciso volver á las carabelas y comenzar otra vez el combate contra los elementos. Finalmente, el 17 de agosto, en un breve espacio de calma, atracaron en tierra á quince leguas del cabo, en las orillas de un río, y el Almirante dió orden de que tomasen posesion de la comarca en la forma acostumbrada, levantando una cruz grande. Por esta circunstancia dióse al río el nombre de «*Río de la Posesion.*»

Á pesar del viento siempre contrario la escuadrilla navegaba manteniéndose siempre á vista de tierra. Segun las órdenes del Almirante, la pequeña carabela de cincuenta toneladas, la *Viscaina*, se aproximaba cuanto podía á la costa, entraba en todos los golfos y ensenadas un poco anchas, por temor de que dejasen de descubrir el paso ó estrecho por el cual pensaba Colon que debía entrar en los